

(Traducción en español)

Rocca di Papa, 20 de marzo de 1986

## Renacer con el amor<sup>1</sup>

Queridos todos:

(...) La Cuaresma, como sabemos, pide a todos los cristianos la conversión.

Nos la pide también a nosotros.

¿Pero cual es la conversión típica que nosotros, miembros del Movimiento de los Focolares, hemos de estar siempre dispuestos a hacer, sobre todo en este tiempo de Cuaresma?

Es el “converger”, orientarse hacia Dios; es algo que hacemos concretamente y del modo más atinado cuando nos dirigimos al prójimo, lo consideramos como nuestro camino específico que nos abre el acceso a Dios.

Vosotros sabéis que a menudo hablamos del prójimo y del amor que le debemos. Sin embargo cada vez que se nos ilumina este camino, nos resulta siempre nuevo.

Es lo que me sucedió también hace unos días.

Estaba haciendo meditación con el misal. Y he aquí, ante mis ojos, la página estupenda del juicio final: Jesús que vendrá a juzgarnos y nos dirá: “[...] tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber [...]” (*Mt 25, 35*).

Al leerlas, esas palabras me impactaron como si fuese la primera vez que las leía. Redescubría que Jesús, en el examen final, no me preguntaría esto o aquello que sin duda tendría que hacer, sino que se centraría en el amor al prójimo.

Y como una persona que inicia ahora su subida hacia Dios, empecé a amar a todos, a todos aquellos con los que me relacionaría a lo largo del día. Creedlo, me sentí renacer. Advertí que mi alma tiene sobre todo hambre de amor, hambre de amar; y que en ello, en el amor hacia todos, encuentra realmente su respiro, su alimento, su vida. Lo singular es que también antes trataba de hacer muchos actos de amor, pero -ahora me daba cuenta- algunos de ellos eran más que todo expresión de una espiritualidad demasiado individual, que se alimenta de pequeñas o menos pequeñas penitencias; éstas, no obstante nuestra buena voluntad, pueden representar para nosotros llamados al amor, un motivo para replegarnos de algún modo en nosotros mismos. En cambio, poniéndome a amar a todos de esta nueva forma, podía recoger también muchos actos de amor, pero todos finalizados a los hermanos, en los cuales veía y amaba a Jesús. Y tan solo en ello encontraba yo la plenitud de la alegría.

Amadísimos, estamos llamados todos a realizar continuamente esta conversión en nosotros mismos; tenemos que experimentar todos esta especie de renacimiento, esta plenitud de vida. Por eso es necesario que traduzcamos, lo más posible, en caridad hacia el prójimo todas las expresiones de nuestra existencia.

¿Nuestro deber es acudir la casa? No lo hagamos simplemente por motivos humanos, sino porque está Jesús en los hermanos que hay que amar vistiéndolos, dándoles de comer, sirviéndolos. ¿Tenemos que desempeñar cualquier otro trabajo? Está Jesús en los individuos y en las comunidades a las cuales llevar nuestra aportación. ¿Tenemos que rezar? Recemos, tanto por nosotros como por los demás, usando siempre el “nosotros” que Jesús nos enseñó en el “Padre nuestro”. ¿Estamos llamados a sufrir? Ofrezcamos nuestro dolor por los hermanos. ¿Es voluntad de Dios tratar con alguien? Que siempre tengamos la intención de escuchar a Jesús en él, de aconsejarlo, de instruirlo, de consolarlo... en una

---

<sup>1</sup> Texto publicado.

palabra: de amar a Jesús. ¿Tenemos que descansar, comer, distraernos? Demos a todos estos actos la intención de querer, con ellos, recuperar las fuerzas para servir mejor al hermano.

En fin, hagamos cada cosa en función del hermano.

Sin embargo, aunque esta disposición del alma que nos lleva a estar constantemente fuera de nosotros mismos, sea una fuente de mucha alegría (antes hablé de un renacer), estemos seguros de que el esfuerzo por salir de nosotros para “vivir transferido en los otros” -como se suele decir- no faltará.

En este esfuerzo se nos da la posibilidad de amar a Jesús Abandonado practicando las virtudes de la paciencia, de la benevolencia, de la humildad, de la magnanimidad, de la pobreza, de la pureza, que están implícitas en la caridad.

Sí, queridos todos, tenemos que hacernos santos, pero por nuestro camino que es el del amor; es más, el del amor radical, que debemos practicar ante todo entre nosotros, donde se vuelve recíproco, y después con los demás.

Por eso y aún más, para que se dé en nosotros tal conversión, tengamos presente en los próximos días el compromiso: “Renacer con el amor”.